

bles en su comparación, que no podría satisfacer la sed de las almas; mirad los tesoros de sabiduría y belleza que hay en nuestra Santa Religión; no nos avergoncemos de predicarla con el Apóstol: *Non enim erubescio Evangelium.* (Rom. i). Aquí está la elocuencia.

LECCIÓN VII.

Amplificación.

109. Así como los pensamientos son el alma de la elocuencia, así la amplificación da al pensamiento aquella expansión, aquel desarrollo necesario para presentarse con toda su fuerza y energía, con todo aquel majestuoso ropaje que en sus principales detalles exige el delicado gusto de un buen orador, para presentar el pensamiento tal cual es en sí, sin *quitar* ni *exagerar*, sino desarrollar; y entonces la *amplificación*, al mismo tiempo que vigoriza extraordinariamente un pensamiento, lo reviste de las formas más bellas y galanas, realzando notablemente el interés del asunto, y mostrando y desarrollando las particularidades que con él tienen relación, ya por medio de una comparación que la fortifica, ya por una gradación que la eleva, ya por un ejemplo que la aclara, sin que este real aumento pueda llamarse exageración. «Entendida en este sentido la *amplificación*, dice el Dr. Sánchez Arce, no consiste en dar á las cosas una grandeza ficticia, sino en presentarlas con una grandeza real.»

110. La necesidad y utilidad de la *amplificación* la manifiesta perfectamente el P. Gaychiez, con estas palabras: «Ella obra sobre una proposición como la savia sobre un germen, esto es, desarrollándolo, engrosándolo, y haciendo sensibles las partes que eran imperceptibles. Así es que, en virtud de la amplificación; el orador desarrolla su asunto,

lo adorna, lo presenta bajo todos sus aspectos, y de un cuerpo descarnado hace un cuerpo nutrido y lleno de robustez. El pueblo no ve las cosas espirituales sino á una gran distancia: es necesario acercárselas por medio de largos rasgos, como los que se ven en las pinturas de las bóvedas de los templos. En las miniaturas todo se confunde, todo se escapa, al que no tiene la vista perspicaz. El conjunto del auditorio no puede leer en el pensamiento del predicador; se atiende precisamente á las palabras. Se debe suponer poco y explicar mucho. Más vale arriesgarse á decir demasiado para los inteligentes, que á no decir bastante para el vulgo.» Cuanto puede decirse sobre la naturaleza de la amplificación va comprendido admirablemente en las líneas citadas. Ahora sólo falta para el buen uso de ella dar algunas reglas, que establecen los autores:

I. REGLAS DE AMPLIFICAR.

111. **Regla 1.^a** Conviene no explanar más que lo necesario para hacer el discurso ó más claro, ó más sólido, ó más patético.

2.^a El asunto que se ha de amplificar debe ser digno.

3.^a El hecho ó fondo de la idea ha de estar sólidamente establecido.

4.^a La amplificación debe estar bien ligada á la prueba, y ha de aumentarla ó añadirle algo, formando un todo homogéneo, pues es la expansión de su misma fuerza.

II. DEFECTOS PRINCIPALES.

112. 1.^o **La esterilidad:** que carece de fondo y fecundidad de ideas oportunas; puede desterrarse con el estudio y la cultura.

2.^o **La futilidad:** que se ocupa en la amplificación de minuciosidades impertinentes; y que debe eliminarse fijándose en las cosas trascendentales de la materia.

3.º **La timidez:** efecto de un sentimiento demasiado vivo de la flaqueza propia, ó de las dificultades que ofrece el arte: esta timidez debe alentarse con los motivos poderosos que ofrece al orador cristiano el trabajar por la gloria de Dios.

4.º **La audacia:** resultado de imaginaciones demasiado ardientes y fogosas, que es necesario moderar, sobre todo en la juventud.

5.º **La superabundancia:** es una acumulación de palabras y frases sin necesidad: esta facilidad descuidada deslíe demasiado cuanto dice, y engendra esa superfluidad y extensión fastidiosa que tanto aburre. Se encuentra principalmente en los jóvenes, que deben procurar evitarla, teniendo perfecto conocimiento de las materias, y expresarlas con claridad y debida concisión.

III. MODO DE AMPLIFICAR.

113. Son muchas las maneras con que se puede hacer la amplificación, y que conviene saber para que ella se nos haga fácil cuando nos empleamos en la composición. Se amplifica por *definición*, *enumeración de partes*, por *imágenes*, por *suposiciones*, por *efectos*, por *comparaciones* y *semejanzas*, por *interrogaciones*, etc. Presentémoslo en ejemplos:

114. 1.º **Por definición.** Ravnán, queriendo manifestar la necesidad de la oración, amplifica por definición de esta manera: «La oración, señores, bálsamo consolador en los males, refugio en el dolor, apoyo en la flaqueza; la oración es á la vez alimento y vida de la inteligencia, restituida á más alta dignidad. Os asombra mi lenguaje, extrañais mis palabras: no importa, oídlas con atención... La oración es para el hombre el acto soberano de su razón, lo único capaz de dar al alma el complemento divino de su vida y las condiciones de orden, de hermosura, de grandeza y de gloria, que constituyen su mismo fin y su destino inmortal.»

115. 2.º **Por enumeración de partes.** Fenelón, para probar que la caridad va mucho más lejos que el orgullo,

amplifica así el pensamiento: «Ni las abrasadoras arenas del desierto, ni la aspereza de los montes, ni la distancia de los pueblos, ni las tempestades, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie de tantos climas, ni el término fatal de esa línea, en que se descubre un nuevo cielo, ni las escuadras enemigas, ni las costas de los bárbaros, nada puede contener á los que Dios envía. ¿Quiénes son éstos que caminan como las nubes? Vientos, llevadlos sobre vuestras alas. El Mediodía, el Oriente y las islas más ignoradas los aguardan, y silenciosas contemplan su venida desde lejos.»

116. 3.º **Por imágenes.** San Crisóstomo, para manifestar su constancia en la persecución, amplifica con esta bella imagen: «Una tempestad violenta me cerca, me asedia por todas partes: nada temo, porque soy roca inquebrantable. El furor de la tormenta, las olas amenazadoras no podrán sumergir jamás la nave de Jesucristo. La muerte no es capaz de aterrarme; es, por el contrario, un motivo de alegría para mí. ¿Dudaréis del resultado? ¡oh! no dudeis; toda la tierra está por el Señor.»

117. 4.º **Por suposiciones.** San Pablo, para manifestar mejor la necesidad de la caridad, usa de esta amplificación (I Cor. XIII): «Si hablase todos los idiomas de los hombres y de los Angeles... Y si tuviere el don de profecía, y conociera los misterios y todas las ciencias; y si tuviere toda la fe de manera que trasladase los montes... Y si distribuyera para comida de los pobres todos los bienes, y si entregara mi cuerpo á las llamas, mas no tuviese caridad, todo esto de nada me aprovecha: *nihil mihi prodest.*»

118. 5.º **Por los efectos.** Maccarthy, manifestando que «para el hombre religioso todo está vivo y animado en el universo, todo le comprende y le habla de Dios, todo se halla dotado de inteligencia y sentimiento,» lo amplifica así: «Los cielos le muestran el poder del Dios que adora, las noches y los días sucediéndose le anuncian su sabiduría y su grandeza; cada estación viene á poner ante su vista sus bondades... Pero ¿qué estoy hablando? El mismo, Dios invisible, se presenta bajo mil formas diferentes á mi vista y á mis sentidos en los objetos que me rodean; en esa luz que brilla ante mis ojos, en los rayos del astro que me alum-

bra, en su amor que me alegra, en la serenidad de un hermoso día, en el perfume de las flores que embalsaman los aires... ¡Oh Dios mío! Entono en seguida el himno de acción de gracias, y paréceme que todas las criaturas me responden, que las oigo á todas mezclando sus voces con la mía, y arrebatadas de júbilo formar un concierto unánime en gloria del Criador.»

119. 6.º **Por comparaciones y semejanzas.** San Basilio compara nuestra vida al curso del río, valiéndose de esta amplificación: «Nuestra vida, como sabeis, es á manera de un río que corre de continuo sin cesar, repleto de olas, que alternativamente se suceden. Pues una parte ya pasó, otra parte aún está pasando, una parte ya salió de sus manantiales, y otra parte está para salir, y todos nos apresuramos á ir al mar común de la muerte.»

120. 7.º **Por interrogación.** Es hermosa esta de San Agustín amplificando su caridad para con su auditorio: «*Quid autem volo? Quid desidero? Quid cupio? Quare loquor? Quare hic sedeo? Quare vivo?* Mas ¿qué quiero? ¿Qué deseo? ¿Qué estoy ansiando? ¿Por qué hablo? ¿Por qué he tomado aquí asiento? ¿Por qué vivo? No con otra intención, sino para que con Cristo juntamente vivamos. Mis ansias son éstas, éste es mi honor, ésta es mi gloria, éste es mi gozo, ésta es mi posesión.»

121. Estos ejemplos nos han demostrado que la amplificación no consiste en aumentar palabras, sino en desarrollar debidamente los pensamientos, á la manera del mercader que va desdoblado una rica tela, y extendiéndola va manifestando la belleza de su campo, la variedad y hermosura de las flores y la viveza de sus colores.

122. También enseña muy largamente el P. Granada en su *Retórica* la amplificación por los antecedentes, concomitantes y consiguientes; por las causas y las circunstancias de personas y cosas. Aquí debemos observar que los pormenores de las costumbres, que manifiestan á los fieles las obligaciones que tienen relación con el asunto, y las faltas por las cuales se quebrantan, y el modo de corregirse y enmendarse, son fuentes de ricas explicaciones; pero teniendo siempre presente esta importante regla que da un escri-

tor: «*Que es peligroso pintar el vicio delicadamente.* La demasiada delicadeza le hace agradable, y entonces la moral es tentación.»

123. Usando, pues, debidamente de las reglas de amplificación, nuestros discursos rebosarán de natural abundancia y tendrán suma energía. Concluiremos con esta expresión de un moderno autor: «Sepárense del púlpito esas amplificaciones propias del charlatanismo y la ignorancia, y que por lo común no son más que la repetición de *unas mismas ideas en términos diferentes.*»

LECCIÓN VIII.

Precauciones oratorias.

124. La caridad cristiana es muy ingeniosa para introducirse de mil maneras en el corazón del hombre, para hacerle tomar los remedios necesarios á su salvación, como la tierna madre que se vale de mil industrias para que su hijo no rehuse la medicina que ha de devolverle la salud perdida, y para que gustoso acepte la leche que ha de conservar su preciosa existencia. Esto hacen las precauciones oratorias; son ciertos miramientos, cierta delicadeza y urbanidad que usa el orador para que el auditorio reciba bien la divina palabra, sobre todo cuando ha de dar alguna corrección, aviso ó fuerte reprensión que es necesaria para corregir algún desorden, extirpar algunos vicios ó mejorar las costumbres del pueblo; pues debemos estar bien persuadidos que una palabra, una sola frase inoportuna, una mal disfrazada ironía, bastan para echar á perder el mejor discurso.

125. La prudencia, el buen sentido, la caridad apostólica aconsejan y dirigen perfectamente estas precauciones